

Reseña. *Anti-Marx: crítica a la economía política marxista*, de Juan Ramón Rallo (2022, Deusto)

Jassir Hernández Castilla*

Universidad del Atlántico, Barranquilla

<https://doi.org/10.15446/ede.v35n67.118775>

Juan Ramón Rallo es profesor de economía de la Universidad Francisco Marroquín y publicó en 2022 un libro titulado *Anti-Marx: crítica a la economía política marxista*, en dos tomos. El primero es una introducción a la teoría económico-política de Marx; el segundo tomo es una crítica a la teoría marxista del valor, del dinero y del capital, de la explotación, de la reproducción y acumulación de capital, de los precios de las mercancías y de los ingresos de las clases sociales, las crisis económicas y el comunismo. Se suele presentar el libro como la demolición definitiva del edificio marxista.

De una manera más informal, le presenté al autor las siguientes inquietudes sobre su segundo tomo. Buscando conversar, me he encontrado que desatiende salidas a sus objeciones en aspectos claves, por ejemplo, la idea alternativa de lucha de clases no ortodoxa.

En su conjunto, el libro permite informar al iniciado sobre la melancólica y estupefacta situación del marxismo antes y durante el siglo xx. Sin embargo, para cualquier marxista no ortodoxo – por lo menos– medianamente competente, ese panorama no es ninguna novedad.

Una cuestión de método. Sospecho que el autor incurre en el error inverso que suelen cometer los marxistas ortodoxos. Recurre a los textos de Marx –lo que no tiene reproche–, pero se queda con la *palabra* de Marx, sin un análisis sustantivo del mismo con la realidad concreta, obviando incluso que esta última puede –como ha ocurrido–, contrariarla. El autor ha realizado la prueba ideológica de Turing solo para darse cuenta de que nunca la superó. Presupone que Marx pretendía un sistema cerrado, completo y específico sobre toda actividad humana. Un error en el que también incurrieron los marxistas soviéticos, pensando que era necesaria una disciplina marxista para cada ámbito de la realidad (una medicina marxista, una matemática marxista...). Lo que afirmo es que *no* estamos obligados a esa conclusión.

* Universidad del Atlántico, Facultad de Ciencias Humanas (Barranquilla, Colombia). Correo electrónico: jassirehernandez@mail.uniatlantico.edu.co  <https://orcid.org/0000-0002-2957-4337>

Observo, también, que es un economista competente, pero terrible economista político. Esa es la diferencia crucial y el espejismo en que incurre cuando critica las ideas “de” Marx: el autor ataca las expresiones del tipo “es necesario” o “se requiere”, que piensa se siguen ferozmente de Marx. Sospecho que esto es producto de su pretensión —nada nueva dentro de los economistas neoclásicos, austriacos e incluso a los propios marxistas— de convertir a la Economía Política en ciencia.

Una cuestión de metodología. Como lo que interesa es discutir las ideas y su correspondencia o no con la realidad, no discutiré sobre citas o sobre autores directamente y seguiré el orden que ha presentado el autor del libro reseñado para plantear algunas inquietudes y posibles salidas dentro de un marxismo muy alejado de la tradición soviética, la estructuralista y post estructuralista.

Sobre la idea de valor. Rallo (2022) persiste en criticar a Marx desde presupuestos epistemológicos distintos de los que él parte.

El autor se sostiene en la teoría del valor subjetivo, la cual parte de una base filosófica naturalista y utilitarista para determinar el “deseo” de los seres humanos y, conforme a ello, modelar y parametrizar las preferencias. Lo anterior resulta perfectamente congruente con la economía científica y el cálculo a corto plazo. Como esa base es filosófica, no puede probarse ni refutarse empíricamente, solo puede desplazarse, por otra base filosófica. Lo que sugiero, en cambio, es que los seres humanos no desean cualquier objeto, sino uno libre, autoconsciente, desean otro ser humano, desean ser el deseo del otro... esto es el Hegel más antiguo.

Es la libertad y no la “naturaleza” es lo que explica el deseo. No es extraño que la atormentada Europa tenga colmada todas sus “necesidades” y abunde la desgana por vivir, se recurra al alcoholismo o a la drogadicción para escapar de la vida, especialmente, en las abundantes capas medias. Los que los seres humanos desean no son solo bienes de consumo sino la relación, en comunidad, que ese intercambio puede generar.

Con esta concepción del deseo se puede llegar a una idea de valor en general: son los seres humanos quienes producen toda la objetividad. De ahí, se llega al valor de cambio como esa misma objetividad, pero exteriorizada, lo que hace innecesario el concepto de *valor de uso*.

El *valor de cambio*, por su parte, no es mensurable por ser cualidad pura y, por tanto, resulta sin equivalencia. Si acontece una equivalencia, como ocurre en el mercado capitalista, es por una *ficción de equivalencia acordada o impuesta*. Una de esas ficciones es el tiempo socialmente necesario para producir una mercancía, una abstracción que proviene de la propia modernidad, la otra ficción es el dinero.

En sentido estricto, la *sustancia* del valor es el trabajo humano y solo esta puede aumentar el *valor real* de una mercancía, por más que se desee añadir clasificaciones de capitales de toda índole.

Los problemas que Rallo (2022) encuentra en la teoría del valor trabajo pueden reducirse a dos grandes grupos: la incapacidad para explicar los precios de producción de los bienes que oscilan en torno al valor de cambio y aquellos que no oscilan en torno a este. En el primer ámbito, entra la explicación sobre los precios de equilibrio de mercancías resultado de producción conjunta —un mismo proceso productivo arroja más de un *output*, por ejemplo, transformar una tabla de madera en un mueble también produce serrín—, la explicación del precio de equilibrio de los bienes duraderos y la conversión del tiempo de trabajo heterogéneo en tiempo de trabajo homogéneo.

En el segundo ámbito, se encuentran los bienes no reproducibles: el honor, la virtud, la tierra no cultivada, los bienes de segunda con utilidad depreciada, como las colecciones de arte, de videojuegos, los bienes producidos en un rango determinado de tiempo, los libros publicados por abogados, médicos, filósofos o los servicios educacionales. Sus precios nunca se acercan a la lógica del valor de cambio y no oscilan ni tienden, en torno a él.

Sobre el primer ámbito, Rallo (2022) en ningún momento se cuestiona si una base epistemológica distinta en la Economía Política marxista a la de la economía científica podría llevarnos a pensar, con o sin Marx, a no interesarse en estas dificultades, muchos más propias del cálculo inmediato. Esto es importante porque demarcará el conocido problema de la transformación de los precios de producción en los valores de cambio y viceversa como un problema innecesario. Rallo no reconoce que las variables valor de cambio y precio no son iguales.

Al no asumir esa diferencia epistemológica, observa como una dificultad que el tiempo de trabajo abstracto no sea observable como tal y, en consecuencia, las tasas de conversión del tiempo de trabajo concreto en tiempo de trabajo abstracto, simple y socialmente necesario tampoco sean variables observables y cuya estimación requiera partir de los precios de mercado, una petición de principio.

Esto hace parte de la discusión sobre si la *forma del valor* reside en la producción o en la circulación (intercambio). Si es en la producción, la sustancia del valor es el trabajo abstracto socialmente necesario, entendido como trabajo fisiológico (gasto de músculos, nervios, sudor, lágrimas, sangre...) medido en tiempo de trabajo, y sería característico de todos los modos de producción, lo cual no es cierto.

En contraste, si es en el intercambio, en la realización de la mercancía acontece una *abstracción real* del trabajo concreto y fisiológico que se valida o reconoce en el trabajo abstracto, como una determinada relación social entre trabajos privados independientes como partes del trabajo social, y sería específico del capitalismo. En este enfoque, el trabajo fisiológico es el trabajo concreto y es este el que es medible en horas de trabajo, no así el trabajo abstracto cuya medida es el dinero. Por tanto, el trabajo fisiológico no puede ser la sustancia del valor de cambio, ya que solo es requisito previo (natural) del trabajo abstracto (social).²

2 Sobre esta exposición de la forma de valor, puede consultarse a Heinrich (2014, pp. 196-240).

Suele ser una preocupación adoptar el segundo enfoque, porque sugiere desplazar la deducción del valor de la producción y el trabajo al intercambio neoclásico de la oferta y la demanda. No resulta extraño que algunos marxistas se alarmen por esto y Rallo (2022) intente sacar ventaja para afirmar que el trabajo abstracto solo se verifica *a posteriori*, en el mercado.

Ambas son actitudes infundadas que surgen de interpretar las derivaciones del valor de manera secuencial y no de manera contigua. La producción, ciertamente, posee propiedades sociales, pero es en el intercambio donde se *realiza* la mercancía. La objetividad del valor es específicamente social: no solo está socialmente condicionada, sino que además solo existe en la relación social de intercambio, este mundo de objetividad es diferente a la simple objetividad física e individual que la tradición moderna nos ha acostumbrado pensar.

Por eso, la idea filosófica hegeliana detrás de la sustancia de valor y la medida del trabajo abstracto no es un individuo concreto sino un campo de relaciones desde que se constituyen. El dinero no es un simple objeto, es un reflejo objetivo, una *ficción de equivalencia* abstracta y efectivamente real que contiene una contradicción: sirve de coherencia social (intercambio) y a la vez la niega, esa contradicción apunta a la crisis crediticia del capital.

La insistencia de Rallo (2022: 560) por encontrar una tasa de conversión de cada hora de trabajo concreto observable a cada hora de trabajo abstracto es resultado de un mal entendido conceptual. Se confunde cuando señala que el tiempo de trabajo abstracto es la variable directamente observable a determinar, calculándola a partir de un específico tiempo de trabajo concreto de aquella mercancía-dinero, como el oro.

El asunto es que cuando hay una dimensión cuantitativa del valor de cambio, significa que una *parte* del tiempo del trabajo *total* de la sociedad ha sido empleada en la producción de una mercancía y ello solo puede reconocerse mediante el dinero, con independencia si se trata de una mercancía (el oro u otro metal) y/o de las condiciones tecnológicas medias de producción que aplican para el trabajo concreto.

Por otro lado, el valor de cambio es una variable empírica, pero *histórica y global* que requiere un examen del conjunto de las técnicas de producción en periodos apreciables de tiempo, empero, el precio es una variable *local y temporal* que se puede determinar para cada mercancía individual. El argumento de Rallo (2022) sobre el carácter estocástico estacionario o no de esa ponderación, es trivial. Puede disolverse de la siguiente manera, como hipótesis general, las oscilaciones de los precios, locales y temporales *tienden*, histórica y globalmente, al valor de cambio.

¿Cómo se explica su contrario? Las mercancías del segundo ámbito, que hemos nombrado, no representan un contraargumento a la teoría del valor-trabajo. Lo que ocurre es que la *masa de ganancia* (el dinero) de esas mercancías, a nivel global e histórico termina anulándose, especialmente, tras las crisis cíclicas del capital especulativo. Rallo (2022) reconocerá que, en sentido estricto, el propio Marx no se interesó en explicar los precios relativos de este tipo de mercancías

y esto no tiene que ser incompatible con que la teoría subjetiva del valor pueda. Como la crítica de Marx es estructural, a nivel histórico, lo que interesa es qué implica esa idea del aumento de la oferta de mercancías del segundo ámbito, para el conjunto de la sociedad humana.

Esto, por dos razones que Rallo ignora. La primera, solo la producción de *bienes tangibles* —que exige trabajo humano— incrementa la *riqueza real* y, por tanto, genera plusvalía. La producción de *bienes simbólicos* (los libros, *papers* y “producciones” de los profesores universitarios, los servicios de marketing; un largo y ancho mundo de servicios) solo ganancia temporal de la plusvalía, una *riqueza ficticia*, aunque sea muy real para individuos muy particulares.

La segunda razón, sin producción real que sostenga a la primera, solo puede esperarse, en el horizonte, la pérdida de la vitalidad del capital. Se ha visto la desindustrialización progresiva con el crecimiento de la tercerización de la economía que abunda en Europa como en América.³ No sé si autor se habrá dado por enterado, pero eso es lo que se entiende por «trabajo improductivo».⁴

Contrario a lo que Rallo (2022) piensa, el único sentido de estos empleos es mantener la estabilidad del mercado laboral, el consumo precarizado, el trabajo inútil y ningún desarrollo de las fuerzas productivas, por más espectaculares o ‘valiosas’ nos parezcan las ganancias.⁵ Al revés, tiene un efecto de ‘crecimiento empobrecedor’, especialmente, si son de bajo valor agregado.⁶

En ese sentido y teniendo presente que la crítica desde la Economía Política marxista no pretende ser una teoría científica, su teoría del valor persiste y con capacidad profética, por lo que se ve.

Sobre la idea de explotación. Rallo (2022) se equivoca cuando solo le restringe a Marx la idea que la explotación tiene lugar en la producción. Por *explotación* se entiende el intercambio desigual de valor de cambio. La especulación financiera, la circulación —desde el comercio hasta las rentas o ‘capital físico’, como el autor también lo denomina— y los servicios son lugares de ganancia capitalista sin que ella se origine en la producción y apropiación de plusvalía real y eso es perfectamente concebible en Marx. Lo que les importa a los marxistas es ese intercambio

3 En el caso de Colombia, la sectorización del Producto Interno Bruto es 32,5% (sector primario/secundario) y 67,5% (sector terciario). Desde luego, hay que distinguir los servicios que están relacionados de manera más inmediata con el sector productivo de los que no. Cualquiera puede hacer este ejercicio con las estadísticas de sus respectivos países, pero no le será alentador la poca variación respecto a estos porcentajes.

4 “Pero precisamente el problema de estos resultados reside en la problemática definición de ‘trabajo improductivo’” (Rallo, 2022 p. 1220).

5 “Si invertir más en servicios jurídicos o marketing no contribuye a incrementar la tasa de ganancia de los sectores productivos, no tendría mucho sentido que invirtieran en ellos; y si contribuye a incrementarla, entonces no tiene sentido calificarlo de trabajo improductivo que consume y no genera valor.” (Rallo, 2022, p. 1221).

6 Los servicios más intensivos en valor agregado son próximos al sector productivo, los ejemplos de la nota anterior son casos de servicios de bajo valor, conocidos como BPO (Business Process Outsourcing), pero el desarrollo de software —como hace India— es de alto valor, conocidos como KPO (Knowledge Process Outsourcing). Es evidente que habrá diferencias, no es lo mismo desarrollar un programa para hacer control de calidad de los productos manufacturados que desarrollar un software para el diseño de circuitos integrados en semiconductores.

desigual entre clases sociales, no entre singulares, con independencia de los ‘buenos’ o ‘malos’ que estos sean. La explotación capitalista ocurre porque produce y reproduce la fuerza de trabajo a un costo menor que el valor que ella produce, ese excedente es el plusvalor real.

No es cierto que el capitalista no aporte nada al proceso productivo, pero eso no significa, como sostiene Rallo (2022), que deba pagársele más por las ‘actividades a las que contribuye’ —saber elegir dónde y cuánto invertir, incertidumbre; trabajo intelectual—. Se trata, precisamente, de un ideologismo y, desde luego, un artificio con claro interés de clase.⁷ Se trata de ‘naturalizar’ la existencia del capital, sea como empresario, sea como coordinador, hacerlo ineludible y obligatoriamente indispensable. Ello es innecesario, de la misma manera que el capitalista financiero es perfectamente innecesario para ‘gestionar mejor’ el capital.

Rallo (2022) conoce que el trabajador promedio no tiende a ser *comprador* de los medios de producción, solo *consumidor* de la mercancía que produce, a veces, con salarios reales elevados, advirtiendo del mal por venir; a veces —que es lo que ocurre—, con salarios precarios a plazos muy largos. La explicación del autor de cómo uno o más trabajadores pueden acceder a esos medios de producción, en cooperativas o no, con financiación o por medio del ahorro, el éxito como el fracaso de esa gestión, es una trivialidad infinita que es perfectamente congruente con la crítica marxista, no contra ella.

Por tanto, la plusvalía real del capitalista sí proviene del trabajador en la producción, pero no es el único modo de obtener ganancia de ella. Para especificar cómo, se requiere la lucha de clases.

Sobre precios y clases. Son dos conocidos problemas. Por un lado, el problema de la transformación de los valores de cambio en precios de producción (no meramente precios comerciales) y calcular esos valores a partir de series empíricas de precios y, por el otro, la idea de clases.

Sobre la conversión de precios en valores y viceversa. Se trata de un falso problema que proviene de querer convertir la Economía Política marxista en científica. Rallo documenta los diversos intentos fallidos, marxistas incluidos, para resolver este problema. Sin embargo, su error es inverso al de los marxistas ortodoxos, creer en ello como un problema técnico para el marxismo.

Sobre la idea de clases. La descripción de Rallo (2022) acerca de las relaciones dentro de una clase social no tiene que ser armónicas y que pueden ser no antagónica es un truísmo (Rallo 2022, pp. 1137-1150). Aunque discute las ideas de un marxista de la tradición analítica como Erik Olin Wright, el autor no se muestra interesado en ejercitar un análisis de clases para disolver el problema, sencillamente, porque no es marxista o al revés, lo considera un error fatal de Marx.

Para los marxistas hegelianos de origen no lacaniano, no es ninguna novedad que existan trabajadores que contratan trabajadores (administradores) para gestionar su capital, pero terminan

7 La ideología no se trata de a quién se sirve con esa idea, sino lo que esa idea implica.

recibiendo pensiones miserables. Todo al revés, trabajadores (funcionarios) explotando a capitalistas. Es lo que ocurre con las Administradoras Privadas de Pensiones (AFP) en Chile, por ejemplo. Es relevante⁸ porque la relación clásica capital / trabajo por sí sola no explica esta anomalía, como muchas otras.⁹

El asunto se resuelve indicando que un análisis de clases (siempre dicotómico) se complementa con un análisis de estratificación social de tipo weberiano donde el ingreso es un criterio, pero no el único. Esto permite acabar con múltiples discusiones academicistas; sobre si los niños o los jubilados son explotadores o explotados, si la clase media es una clase social o más bien una capa o estrato. Se puede concretizar lo anterior así:

Comerciante, rentista, rentista en abstracto, capitalista financiero

De los cuatro anteriores, puede afirmarse que existen en la esfera de la circulación del capital, ninguno de ellos es productivo, aunque el rentista sí posee bienes productivos. Acorde al análisis de clases pertenecen a la clase dominante, son el enemigo, por una cuestión material objetiva. Sin embargo, con un análisis de estratificación, el comerciante y el rentista son aliados potenciales del movimiento popular, mientras que el rentista en abstracto y el capitalista financiero, son el enemigo. Estas clasificaciones no tienen que ser exhaustivas.

Un análisis de clases y uno de estratificación permite vislumbrar una clase social de nuevo tipo, capitalista-burocrática que es la que existe en un capitalismo que funciona en red, posfordista y altamente tecnológico en el que existimos. Aquella clase es dominante porque domina la división social (y técnica) del trabajo y controla esa división porque posee, de hecho, las técnicas y tecnologías más avanzadas de su época.¹⁰

En sentido estricto, la clase burguesa-burocrática capitalista se compone de la tecnocracia: ingenieros, técnicos y científicos (trabajadores asalariados especializados), la burocracia moderna estatal (llámese Estado social, llámese Estado de bienestar), los funcionarios que operan la gestión directa de la complejidad del capital (sociedades accionarias, sociedades que controlan sociedades, ahí están las administradoras privadas de pensiones), el académico (reproducción

8 Rallo (2022) afirma: “[...] pero para la cuestión que ahora mismo nos ocupa eso no es relevante” (p. 989). Pero ese es, precisamente, el asunto.

9 Otro ejemplo cercano, para aquellos que usamos el transporte colectivo de nuestras ciudades, es el de los conductores de autobuses bajo el logo de la empresa transportadora. Suelen ser propiedad de personas naturales y se organizan en diferentes cooperativas de transportadores para poder transitar en las rutas y son ellos quienes asumen los gastos de operación, el costo del conductor como empleado (muchos propietarios son los mismos conductores) y la devaluación del vehículo. Sin embargo, su relación con el transporte masivo es de redirección del dinero al transporte masivo que siempre es subsidiado. Los propietarios/conductores intuyen y entienden que su relación económica por antonomasia es la explotación.

10 Otros marxismos consideran que una clase social es dominante por el dominio de la propiedad de los medios de producción. Rallo (2022) no tiene presente ninguna de estas discusiones “internas”.

burocrática de los 'bienes de cualificación', en verdad, pretensión de saber, cubiertos por el sistema de la responsabilidad y el de certificaciones como mecanismos de legitimación del poder). El criterio es simple, en el análisis de clase, son burócratas aquellos *que usufructúan del producto social salarios muy por encima de su fuerza de trabajo*.

Si uno aplica el análisis a los profesores universitarios, como Rallo, que entregan precio, pero obtienen valor (explotación), son el enemigo. Pero con un análisis de estratificación, como criterio el ingreso, puede determinarse quiénes son los potenciales aliados. Todos los docentes universitarios que padecen precarización laboral y desigualdad salarial, que dependen de la singularidad de los que sí la tienen (su bondad como su arrogancia y prepotencia, es decir, también padecen *opresión y dominación* dentro su propia clase), son potenciales aliados. Las secretarías de una facultad, no requiere explicar en qué posible bando están.

Las pequeñas y medianas empresas, los pequeños y medianos rentistas son también el enemigo, según la doctrina. Pero son, a la vez, potenciales aliados del movimiento popular, en tanto que son explotados por capitalistas mayores. En sentido estricto, para los marxistas, los enemigos reales son el capital financiero y los grandes burócratas, el gran capital productivo rentista, el gran capital manufacturero y el gran burócrata estatal.

Le he compartido a Rallo estas ideas y solo he recibido, en dos ocasiones, su silencio. La teoría de clases marxista es perfectamente vigente.

Sobre la idea de crisis económicas. La afirmación de Rallo (2022) sobre que el crecimiento del salario real en Inglaterra —y eventualmente Europa como contraparte a las expectativas de Marx y Engels— es trivial. No solo es que el razonamiento de Marx no sea incompatible con los incrementos a largo plazo del salario real, sino que, por el contrario, Marx predijo que en el capitalismo el costo de la fuerza de trabajo de su producción (salario de subsistencia) *tiende históricamente a bajar* por el abaratamiento del precio unitario de la manufactura, debido al desarrollo tecnológico y productivo.

A su vez, que el costo de la fuerza de trabajo de reproducción *tienda históricamente a subir*. El encarecimiento de la fuerza de trabajo en términos históricos se debe a que el segundo (el de reproducción) crece más rápido de lo que baja el primero. No es extraño que cuando se descarga los costos educacionales en los usuarios, por abandonar las políticas educacionales estatales, se encarezca el costo general de la fuerza de trabajo y tiendan los trabajadores a pedir mayores salarios para solventar ese gasto. Como se ha de contratar ese personal sobrecalificado o dejarlo a su suerte en el subempleo, en su conjunto, elevar el salario real supone un mal negocio para el capitalismo y advierte de la crisis.

En sentido estricto, el aumento del salario real significa un aumento en la tasa de explotación por la vía de plusvalía relativa (aumento de la productividad),

$$\frac{t_{npA}}{t_{pA}} < \frac{t_{npB}}{t_{pB}},$$

donde np es el tiempo no pagado y p el pagado. Lo contrario ocurre por la plusvalía absoluta, la tasa de explotación disminuye si el salario también lo hace. Como esto se trata de economía política, se da la extraña situación de que pese a devengar salarios elevados ocurra la fatiga, el hastío, el cansancio acumulado de tipo neuromuscular y psicológico. Es decir, que la calidad de vida empeore.

Por otro lado, se pueden agregar distinciones para dar cuenta del ciclo de acumulación y reproducción del capital y sus consecuentes crisis. Distinguir la *masa de ganancia* (el dinero de vender la producción total) de la *plusvalía* y de la *tasa de ganancia*. Añadir un ‘mínimo de ventas’, el número mínimo de unidades que el capitalista debe vender para recuperar la inversión total ($CC + CV +$ costo de reposición) y conforme avanza el mínimo obligatorio de ventas, de manera exponencial, la capacidad de compra alcanzará un tope en el mercado y producirá una crisis de sobreproducción que derrumbará todo el crecimiento hasta allí obtenido.

Por ejemplo, si un capitalista logra conseguir mucho capital e invierte diez veces más en capital constante (CC) para producir el doble por cada unidad de capital invertido, esa maquinaria le permite demandar menos trabajadores, contribuyendo así al desempleo estructural. Eso permite aumentar el salario individual incluso manteniendo la cantidad global invertido en capital variable (CV). En términos neoclásicos, crece la productividad laboral, disminuye la productividad del capital y aumenta la intensidad del capital.¹¹

Así, el volumen de producción crece enormemente, con una mayor masa de ganancia es posible bajar el precio unitario y acabar con la competencia que no tenga la ventaja tecnológica. Pero el éxito de todo esto depende que se venda el mínimo unidades que crece exponencialmente. Es una medida del ‘riesgo’ que corre el capitalista en el mercado, una mayor inversión tiende arrojarnos rendimientos marginales decrecientes.

Si la tasa de ganancia cae. Eso muestra que, para lograr el éxito con inversiones mayores, tiene que venderse mucho más. Ese esfuerzo no solo recae sobre el capitalista sino, principalmente, en el conjunto de los trabajadores cuya *tasa de explotación* crece.

En el límite, la producción rebasa la capacidad de compra de la sociedad, no pueden realizarse los productos para recuperar el capital invertido, no pueden regalarse (baja el precio aún más), toca destruirlos. Un auténtico e irracional desperdicio que viene acompañado de artilugios para que los productos se desgasten antes de lo que las técnicas más avanzadas permitirían.

11 La productividad del trabajo $Q = 1/a_0$ crece, pero la productividad de capital $1/a_1$ cae y la intensidad del capital $k = a_1/a_0$ aumenta bruscamente (Blecker & Setterfield, 2019, p. 81).

Se podría incrementar el salario real para así aumentar la compra, pero por ese lado la tasa de ganancia también disminuye. Es lo que ocurrió con Europa, trabajadores que se resignaron a realizar oficios por debajo del salario mínimamente aceptable. El resultado, lo conocemos, desindustrialización de esos países, los capitalistas terminaron trasladando las industrias a la periferia.

Como es necesario salir de la crisis, históricamente, eso ha ocurrido a través de grandes cambios en la base tecnológica, es decir, inversiones masivas en capital constante para recomponerlas en un nuevo nivel, abaratamiento –chatarra en el mundo productivo, bonos basura en el sistema financiero–.

En resumen, las crisis no son solo son cíclicas sino también su acumulación.¹² De nuevo, lo importante aquí es el sentido global, histórico y perfectamente empírico del modo de producción, no la suerte de los agentes individuales. Eso no obvia, por supuesto, la extensa historia criminal que tiene detrás.

Rallo (2022) toma con literalidad las palabras de Marx sobre el fin del capitalismo, incurriendo en el error comentado de rigidez. El capitalismo lleva unos quinientos años y perfectamente puede seguir reproduciéndose otro quinientos más, con todo lo que eso implica. Esto tiene implicaciones, por supuesto, políticas para el comunismo, el cual no viene triunfal e inexorablemente a reemplazar al capitalismo, bastará que caiga un meteorito en la Tierra o se vuelva inhabitable. Contrariamente a lo que se cree, la perspectiva de Goodwin (1967) al modelar el sistema capitalista, aparentemente ‘estable’ muestra al final, aunque sin explicitar el trasfondo económico político, esta misma idea de la perseverancia del capitalismo y no de un final absoluto, lo cual es congruente con la idea de Marx y no contra él.

Sobre la idea de comunismo. El capítulo, en sí mismo, no solo es un truismo, sino que no escapa a la ingenuidad tan propia de muchos marxistas. Obviamente la historia no es lineal ni progresa solo hacia lo mejor, progresa tanto lo malo como lo bueno. Obviamente no hay un fin teleológico, ni predeterminado ni impuesto. Obviamente el antagonismo de clase no depende solo de las relaciones sociales de producción. La religión en el feudalismo, el derecho en el capitalismo y la pretensión del saber en el capitalismo altamente tecnológico, el machismo y las diferencias culturales, cada una de ellas influyen y Marx las concibió como fenómenos internos en la Economía Política.

El argumento que Rallo presenta sobre el fin de la escasez de los bienes no reproducibles es una trampa. El comunismo no apunta a que todos tengan autos, a que todos tengan una casa frente a la playa. Son pronunciamientos similares a los de José Mujica. Ese no es el tipo de abundancia que busca el comunismo y tampoco lo inverso, depender de la limosna franciscana, eso es utopismo pequeño burgués. El comunismo es producto de la más avanzada tecnología de su época.

12 Lo que no es cíclico para otros países que no sean los mismos, curiosamente, es la concentración del capital como Piketty (2014) muestra. Por alguna razón, a los economistas convencionales les parece una paradoja que en los países subdesarrollados –eufemismo para pobres–, donde existen niveles más bajos de capital por trabajador, el capital no fluya desde los desarrollados –eufemismo para ricos– si se supone que son lugares más rentables para invertir (Lucas 1990).

Rallo (2022) afirma que “En la actualidad, son muchos los que apuntan a China como un ejemplo de país comunista capaz de desarrollarse mucho más rápidamente que otros países capitalistas” (p. 1326). Ha afirmado en una entrevista, incluso, más que comunista es marxista. Como Rallo (2022) no dispone de una herramienta conceptual para analizar el nuevo Sujeto en la clase dominante, es víctima de la ilusión inversa en la que también incurren los marxistas-leninistas: pensar que China es comunista y marxista. Lo que ocurre, por el contrario, es que China está administrada por un partido burocrático de alta intensidad que administra al mayor hegemónico capitalista del mundo, un capitalismo, por cierto, que funciona en red de manera posfordista, junto a Rusia, India, Sudáfrica, Brasil, México. *Administra*, –no es propietario; otra predicción de Marx– puertos europeos e invierte masivamente infraestructura en África, por las ganancias de su elevada balanza comercial; no tiene absolutamente nada de marxista desarrollar el capitalismo a nivel global.

La experiencia china demostró algo que ya era de por sí evidente con los países que se denominaron ‘socialismo real’. El socialismo burocrático, que ha sido el único socialismo desarrollado hasta el momento, nunca ha sido ni incompatible ni contradictorio con el capitalismo. Eso presenta al debate del cálculo económico socialista como un debate académico insulso. ¿Rallo pensará que el Partido Comunista Chino representa a los trabajadores chinos? Esto nunca ocurrió durante la Unión Soviética, incluso después de la desestalinización. Lo que se trata de esconder en la crítica del autor es la idea que el marxismo-leninismo es el único marxismo posible.

Como espero haber indicado, por medio de un análisis de clases junto a un análisis de estratificación, ese poder burocrático no es propio solo de los países ‘socialistas’, sino también de los países capitalistas. Son lo mismo. Ser comunista, por tanto, es ser anticapitalista y anti burócrata.

Ese tránsito al comunismo pasa por una larga tarea que involucra *destercerizar* la economía. Podemos decir que estamos en el comunismo cuando el tiempo de trabajo socialmente necesario es cualitativa y cuantitativamente mucho menor que el tiempo libre. Eso es posible gracias al crecimiento tecnológico y riqueza generada por el capitalismo, aunque actualmente se despilfarre.

El comunismo no es un ideal, no es una utopía. Es técnicamente posible aquí y ahora. No se trata de que todos sean felices, se trata de que se acabe la lucha de clases, la explotación. Los dramas existenciales de los seres humanos, perfectamente mediables y superables, contra los deseos del autor del libro, seguirán existiendo en el comunismo, pero al menos no tendrán que mover las estructuras de la historia para vivenciarlo. No se trata de que todos sean iguales, se trata de que sean libres, con la tensiones y contradicciones que eso implica. Más preciso, el comunismo puede superar la fetichización de la mercancía y sus distintos órdenes, pero no el extrañamiento, la locura desde la que se podrá ir y volver.

Sobre el derecho. No es extraño que exista, universalmente, es el logro de la revolución burguesa en más de dos siglos. Pero el individuo no es anterior a la comunidad, es resultado y se realiza en la comunidad. Nadie puede saltar a su propia sombra. Pero no es extraño que el

individualismo reine, con las consecuencias desmovilizadoras de anquilosamiento, especialmente entre jóvenes e intelectuales universitarios dado el enorme efecto disgregador que es el capitalismo.

En cualquier caso, el comunismo no es históricamente necesario,¹³ es una *posibilidad*. Sin embargo, se puede intuir que por debajo de la historia se mueve a paso lento. Es preferible que los individuos, progresivamente, sean conscientes de ello (en eso consiste la conciencia de clase) para que cuando llegue, en doscientos o trescientos años (o nunca...), no se les aparezca a sus espaldas, como una extrañeza. Puede decirse de otra manera, específica, no se puede esperar que la clase dominante ceda el poder 'por las buenas', habrá violencia (revolucionaria, no vanguardista) y no hay garantías ante un ejercicio político. Solo puede tenerse piedad, respetar los mismos derechos humanos del enemigo. Lo que sí es superable es la violencia excedente (la lucha de clases), no la violencia originaria, constitutiva de todos los seres humanos, su libertad, para resumir. Después de todo, la historia humana es un *Schlackbank* (Hegel) y nos ha tocado, como a todos los hombres, malos tiempos en que vivir (Borges).

Tampoco es cierto, como afirma Rallo (2022), que el marxismo lleve necesariamente al leninismo (p. 1410). Los diferentes movimientos guerrilleros de este tipo en América Latina, Colombia y el Perú fracasaron, en principio, por una cuestión teórica: 'su' enemigo había cambiado. El marxismo-leninismo ha sido superado por la realidad y pervive en las ruinas de la historia, su "degeneración" del mismo tiene que ser explicado en términos materialistas, no psicológicos o moralistas.¹⁴

Pero otro marxismo es posible y, a grandes rasgos, lo he descrito. Por cierto, y aunque esto sea una obviedad tremenda, estoy seguro de que muchos marxistas hegelianos no lacanianos, no tendrán problemas con las también tremendas licencias que me he conferido para usar y reusar las anteriores afirmaciones, cualquiera que haga el ejercicio de rastrear el crédito le resultará también claro y obvio a quién le corresponde.

Por último. Mis múltiples sospechas solo confirman una trivialidad que ya se encontraba al comienzo. El libro de Rallo (2022), bastante erudito e informado, solo critica una interpretación de Marx, una bastante ingenua a estas alturas, de la misma manera que existió una teoría *näive* de conjuntos.

13 "Es decir, que el sufrimiento de los individuos a lo largo del desarrollo de la humanidad no solo era algo históricamente inevitable sino algo históricamente *necesario*." (Rallo, 2022, p. 1399). ¿Era necesario el exterminio masivo y sistemático de judíos durante la Alemania Nazi? Sí..., porque ocurrió. ¿Se nota la obviedad? Desde luego era necesario porque así pasó. ¿Era necesario ese exterminio en 1750? Tal vez..., recuérdese a los pogromos. ¿Lo era en el siglo IV a.C.? No. Lo que interesa aquí es la idea filosófica del concepto de 'necesidad', nada antes de acontecer es, por sí misma, predeterminada a ocurrir.

14 Por ejemplo, que la revolución bolchevique se convirtió, progresivamente, en una sin la esencia del pueblo, reemplazando una clase terrateniente por una burocrática, lo que requirió un mecanismo de legitimación diferente al derecho. No suele pensarse esta materialidad como la que disolvió la Unión Soviética, sino que se le atribuye una victoria del 'capitalismo' sobre el 'socialismo' de tipo estatal.

Referencias

- [1] Blecker, R. A., & Setterfield, M. (2019). *Heterodox Macroeconomics: Models of Demand, Distribution and Growth*. Edward Elgar.
- [2] Goodwin, R. M. (1967). A Growth Cycle. En C. Feinstein (ed.), *Socialism, Capitalism and Economic Growth* (pp. 54–58). Cambridge University Press.
- [3] Heinrich, M. (2014). *Die Wissenschaft vom Wert: Die Marxsche Kritik der politischen Ökonomie zwischen wissenschaftlicher Revolution und klassischer Tradition*. (6. Aufl.). Westfälisches Dampfboot.
- [4] Lucas, R.E. (1990). Why Doesn't Capital Flow from Rich to Poor Countries? *American Economic Review*, 80 (2), 92–96. <https://www.jstor.org/stable/2006549?seq=1>
- [5] Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica.